

riales de Pacotillas; para su mayor desconsuelo le contó Chávez lo inútil de su oficiosa gestión, le comunicó que el bruto de don Marcos y el estúpido de Pacotillas estaban firmes en sus trece, y resueltos á no cejar, sino á seguir erre que erre.

—Ya se los haya,—dijo el Chango bebiendo el último trago de cerveza;—ha llegado el momento de recurrir á medios más enérgicos, ¡ya les pondremos un bozal á esos perros!

—Ya sabe usted que estoy dispuesto á todo, y que tanto usted como el señor Ministro me tienen á sus órdenes.

CAPÍTULO X

La antesala de un Ministro

Muy dichoso debía ser el dueño de aquella casa si como en ella la riqueza y el lujo, la paz y el contento reinaran en el alma del propietario. Desde la puerta de la calle hasta los últimos rincones, una multitud de suntuosos objetos llamaban la atención de las incontables personas que entraban á la rica morada ó salían de ella. Desde las seis de la mañana el zaguán abría de par en par las enormes y lujosas hojas de su puerta, permitiendo ver un amplio y elegante patio; dos gendarmes de uniforme nuevo se paseaban delante de la puerta del zaguán, empuñando el negro garrote y sirviendo de guardia de honor al poderoso personaje que allí vivía.

Ya le conocemos, es el Ministro; le vimos en la Cámara

de Diputados, recibiendo los saludos y cumplimientos de los representantes del pueblo; le vimos en el Tívoli hartarse de diversas viandas y de homenajes aduladores. Vamos á sorprenderle en su casa para ver cómo desempeña su elevado cargo.

Casi desde las seis de la mañana en que se abre la gran puerta del zaguán hasta las diez de la noche, hora en que, en los días comunes, se cierra, es aquello un continuo ir y venir, un continuo entrar y salir de personas de toda edad, de todo sexo y de toda condición social.

Delante de la puerta hay casi siempre dos ó tres coches en que han sido llevados algunos de los que, ansiosos de conferenciar con el prócer, atravesaron las puertas de su rica mansión.

Es curioso ver cómo, á eso de las diez de la mañana, entran por aquel zaguán, ya el opulento negociante, ya el personaje de categoría; los cuales, como si fueran de la casa, entran de rondón al departamento de la secretaria particular; sin que el conserje, que ya sabe que gozan de la confianza del amo, oponga á su paso el menor obstáculo, antes bien les sonríe con el mayor cariño, haciéndoles una gran reverencia.

Haciendo lastimero contraste con los encopetados, se ven los pretendientes humildes; los denuncia inmediatamente su encogimiento, sus pasos tímidos, sus movimientos cohibidos; parece que van á cometer un crimen y que temen ser cogidos infraganti; parece que les acosa el temor de romper ó ensuciar algo, según la cautela con que se mueven.

Más que un perro bravo los intimida aquel conserje,

vestido de charro rico, que es manso con los de arriba, y hosco, fiero y gruñón con los de abajo. ¡Y el olfato de aquel condenado y lo bien que conoce la condición del que pretende ver al gran señor!

Los pretendientes humildes se dirigen, con la mayor amabilidad que pueden, al cancerbero de aquella casa, que para ellos es un jardín de las Hespérides. El grosero personaje apenas si los mira, y con más altivez que si fuera, no digo el Ministro, sino el Czar de Rusia, les contesta con un gruñido: El señor Ministro no recibe hoy.

Los tímidos se marchan cariacontecidos con esta repulsa, los porfiados insisten, diciendo con la mayor amabilidad:

—¿No tuviera usted la bondad de decirme, á qué horas podré volver?

—No lo sé, — contesta el portero, volviendo brusca- mente la espalda al preguntón.

La familia de su Excelencia habitaba los altos de la casa, en el piso bajo estaba la secretaría particular.

Al día siguiente de los sucesos que en el capítulo anterior quedan contados, hallábase, á eso de las diez de la mañana, una multitud de pretendientes dentro de la secretaría particular. La tal secretaría estaba formada por una primera pieza, bastante grande, amueblada con ajuar americano, en la cual esperaban su turno las personas á quienes el portero dejó pasar, y de otras dos piezas más; en la que comunicaba con la sala trabajaba el secretario particular, y en la última, el señor Ministro se dignaba recibir á las personas, que por tal ó cual motivo, alcanzaban tanta distinción.

La pieza de Robles, llena de estantes, de colecciones de periódicos, de montones de cuadernos, de mapas colgados de las paredes, contenía tres bufetes, en que tres silenciosos y activos escribientes trabajaban sin descanso.

Robles se multiplicaba, parecía tener el don de ubicuidad, corría de un bufete á otro, le daba á un escribiente una minuta para que la sacara en limpio, le daba al otro un folleto para que copiara ciertos párrafos señalados con lápiz, al otro le dictaba; otras veces revisaba periódicos, otras hacía y deshacía montones de papel; de repente sonaba un repique agudo, producido por el teléfono, que ostentaba en una de las paredes su oscura y alargada masa. Con la presteza de movimientos que le era propia, arrojaba el Chango el papel que tenía en la mano, ó suspendía su dictado y corría hacia el aparato; empuñaba y aplicaba al oído el cilindro conductor, acercaba los gruesos labios al receptor del aparato, como si fuera á depositar un ósculo en aquella negra y enorme boca; luego, acentuando mucho el acento interrogativo, formulaba la pregunta sacramental: ¿Con quién hablo?

Repetíase entonces la frecuente y cómica escena, representada por todos los que hablan en el teléfono; como los circunstantes no oyen más que las respuestas, sin hacerse cargo de las preguntas, ó al contrario, creerían, al no conocer el aparato, estar viendo á un loco hablando con seres imaginarios.

El Changuito con su vivacidad, con su mímica expresiva, acentuaba todavía más lo cómico de la escena, diciendo:

—No han llegado. Ya se dió la orden. Ya está acordado. Favor de repetir. Bueno. No tenga usted cuidado. Hasta luego. Gracias, — y, colocando en su sitio el conductor, reanudaba su interrumpida tarea.

Otras veces se interrumpía ésta por un timbre que sonaba en la pieza inmediata, ó por una voz muy conocida para el Chango, la cual decía: ¡Robles! Le llamaba el Ministro, corría con la agilidad de un mono, y al cabo de algunos minutos hétele de vuelta, tomando otra vez el hilo de la labor interrumpida.

En otros casos la interrupción provenía de la antesala, ya eran los nudillos de una mano discreta que llamaba respetuosamente á la puerta, ya ésta se entreabría, empujada por una persona de confianza, apareciendo, entre las poco abiertas hojas, una cabeza que decía: ¿Se puede?

La respuesta y conducta ulterior del Changuito variaban según la persona, cuya era la cabeza. Si era hombre de pro, Robles suspendía incontinenti su *secretaril* faena, corría á acabar de abrir, y, tomando al personaje de la mano, lo introducía, cerrando la puerta otra vez y diciendo:

—¡Usted por aquí, señor H.! pase usted, voy á avisar al jefe; favor de esperar un momento; — penetraba á la pieza del Ministro, volviendo á poco para conducir al hombre de polendas.

Si el que llamaba no era de mucha importancia, aunque no dejase de tener alguna, el secretario, sin suspender su quehacer, decíale secamente: «¡Pase usted!» lo dejaba acercarse hasta él, y, pasados los saludos y cum-

plimientos de estilo, en que el joven se mostraba muy parco, decía:

—Estamos ocupadísimos. El jefe se dispone á salir, y yo tengo que dictar más de veinte cartas; ó bien: El jefe está conferenciando con una comisión del Senado y espera otra de la Cámara de Comercio; sírvase usted volver á la tarde.

Sucedía también que el osado que asomaba la cabeza, lo hacía, prevaliéndose de la amistad que tenía con Robles, y de la familiaridad con que se trataban. En tal caso el secretario mostraba enojo, y decía al importuno: «¡Entra!» y así que lo tenía á tiro, proseguía:

—¡Hombre, qué pesado eres! ¡cómo abusas de nuestra amistad! todavía faltan algunos días para que tu negocio se despache, ten un poco de paciencia; anda, vete, no me quites el tiempo; á la una espérame en casa de Moesser, tomaremos la copa y te explicaré.

También acontecía que el que se había asomado, no pretendiera hablar con Dios sino con el santo, es decir, con Robles y no con el poderoso y casi invisible personaje, que se ocultaba en el inviolable recinto de la pieza en que recibía. Mas el Chango, siempre distribuidor hábil de sonrisas y cumplimientos, ó de sequedades y tapabocas, trataba á cada uno, si no según sus obras, si según su valimiento.

La antesala, es decir, la pieza á que acudía la gente que lograba pasar del zaguán, ofrecía diariamente el aspecto original de esos lugares, en que, gentes que en su mayor parte no se conocen, se reúnen en espera de algo. Unos se paseaban mostrando impaciencia, otros

se sentaban, esperando con la mayor calma, otros leían periódicos, y todos atisbaban el momento en que saliera Robles, ya para desempeñar algún menester, ya para ver cómo estaba la antesala. Salía dándose mucha importancia, los pretendientes acudían á hablarle, él les pedía sus nombres cuando no los conocía, y les decía que esperasen un rato, ó bien los desahuciaba.

Volvamos á nuestro cuento. El día á que nos hemos referido la antesala estaba muy concurrida, y el secretario, como en pocos ocupado; habló por el teléfono tres ó cuatro veces, regañó á varios importunos y á no pocos quitó toda esperanza. Se le notaba gran preocupación y mal humor, mostraba esa inquietud de los que esperan algo que tarda; salía á menudo, atravesaba la antesala llena de gente, sin hacer caso de los que se dirigían á él, llegaba hasta el zaguán, decía al conserje: «¿No ha llegado eso?» «No, señor,» contestaba éste.

— ¡Qué raro! — agregaba Robles, — luego que llegue, entras á dármele.

Eso llegó al fin; en los momentos en que el secretario dictaba una carta, el conserje entró con el sombrero en la mano y entregó al joven un periódico. El Chango, con la misma prontitud con que el animal de ese nombre parte una nuez, para apoderarse del contenido, desdobló el diario y buscó con avidez el boletín.

Era un número de *El Independiente*; á medida que Robles leía aquel boletín, se le notaba el creciente mal humor y la ira que su lectura le iba causando; había momentos en que estrujaba el periódico, fruncía el entrecejo y lanzaba una especie de gruñido.

Por último, acabó de leer y se encaminó á la pieza del Ministro; entreabriendo ligeramente la puerta; vió hacia adentro, después de lo cual, volvió de mala gana á seguir dictando.

El Ministro no llevaba trazas de quedar solo, platicaba con él un gobernador, personaje de la mayor influencia, amigo íntimo de su Excelencia y conversador interminable. Hacía una hora larga que había sido introducido; al principio, habló del asunto que llevaba, que en pocos minutos quedó zanjado; pero el diálogo prosiguió, animándose poco á poco, y tomando el carácter regocijado de festiva y familiar charla. Los eminentes personajes charlaban como los camaradas más ociosos, comían prójimo de lo lindo, hacían la caricatura de algún general, de algún senador, de algún otro ministro, ó de algún otro gobernador; contábanse chascarrillos graciosos y cuentos verdes de lo más picante, menudeaban las ingeniosas ocurrencias y de vez en cuando se reían á carcajadas.

Entretanto, las gentes de la antesala se aburrían; mas se resignaban, creyendo de buena fe que los altísimos personajes debatían las más graves cuestiones de Estado.

Robles se daba á todos los diablos. — Ríete, charla, goza, — decía para sí, pensando en el Ministro, mientras dictaba de mala gana; — ya rabiarrás después, este papel maldito te hará el efecto de una hoja de Rigollot.

El platicador salió al fin, todavía charlaron alegremente algunos minutos el Ministro y él en la puerta que comunicaba las dos piezas. Robles, disimulando con perfección su contrariedad, acompañó al Gobernador hasta el zaguán, colmándole de genuflexiones, saludos y cumplidos.

Volvió cerca de su amo, y cerrando la puerta, le dijo sin preámbulo:

—Mire usted, señor, cómo lo ponen en el inundo periódico de don Marcos.

—A ver, hijo,—dijo el Ministro, sentándose con calma; y tomando el periódico leyó el boletín; cuando hubo terminado agregó:—En efecto, está fuerte.

—¡Ya lo creo! ¿Qué le parece á usted conveniente hacer?

—Ni que preguntarlo tiene, hijo; ya sabe usted la táctica, mande una persona que entre en arreglos con el editor.

—Mas el caso es, señor, que se trata de don Marcos Sepúlveda, hombre testarudo, fanfarrón y Quijote en estas materias. Ya Chávez estuvo á verlo de *motu proprio*, y le hizo insinuaciones, que fueron todas rechazadas con aspereza.

—No hay que apurarse por eso, hijo; dirigirse al boletínista, ¿quién es?—y fijando la vista en el periódico, —Francisco Téllez,—agregó; repitió este nombre tres veces como si quisiera recordar; —pues no,—prosiguió diciendo,—no le conozco. ¡Bah! pero conozco el género y usted también; ha de ser algún muchacho que quiere hacerse notable, que quiere meternos miedo, para que le hagamos ofertas; pues hágaselas usted, hijo; envíele algún agente hábil que lo sondee, que le ofrezca esto ó lo otro, en fin, que le diga que no sea malo, que coloque la espada en la vaina, que todo se puede arreglar; le daremos cualquier empleito. ¡Está usted fresco, hijo! con alarmarse tanto por tan poco, ¡cuántas veces hemos

dejado á don Marcos sin boletínista! Le repetiremos la jugada.

—Siento en el alma decir á usted que en esta vez falla su admirable sagacidad y su profundo conocimiento del corazón humano,—dijo el Chango, que estaba de pie, apoyándose familiarmente en el respaldo del sillón en que estaba sentado el ilustre personaje.—Usted conoce á Téllez,—agregó después de breve pausa,—¿no se acuerda usted de aquel banquete que dió López (ya le hablaba de igual á igual) con motivo de la inauguración de *La Bandera del Progreso*? ¿De aquel banquete en que tuve la incomparable fortuna de que usted se dignara fijarse en mí y sacarme de la oscuridad en que tan tristemente vegetaba yo, llevando usted su bondad hasta llegar á asociarme á sus altas labores?

—Sí me acuerdo, hijo, ¿pero qué tiene que ver?...

—Mucho, señor; allí estaba Téllez; acuérdesse usted de aquel muchacho tan serio, tan *fachoso*, que no se dignó despegar los labios más que para lanzar pullas, que le hacía el feo á todo, y que daba á entender que estaba contra su gusto y que nos profesaba el mayor desprecio.

—¡Ah! ya caigo, ¿conque ese es Téllez? Sí, me acuerdo muy bien; me pareció la nota discordante de la fiesta, hasta le dije á López que extrañaba mucho que le hubiera admitido en la redacción, y creo que López me dijo que aprovecharía la primera ocasión para separarlo. Pero no me volví á acordar, ni sé qué suerte habrá corrido.

—Pues que siguió con sus humos insolentes, dándose importancia y haciendo alardes de independencia; llevó su osadía hasta ponerse de acuerdo con un tronera, con-

discípulo mío como él, para hacerle una burla pesada al pobre de López.

—¿Sí?—dijo el Ministro con gran curiosidad,—¡cuénteme usted cómo estuvo eso!

—Muy sencillo, señor. El General tenía su quebradero de cabeza, una mujer muy bonita por cierto, ya usted conoce á López.

—Sí, como él es tan feo, se cumple aquella sentencia: «que los extremos se tocan.»

—López cuidaba á esa mujer como á un ojo de la cara, tenía espías que la cuidaran, tenía comprada á la criada, en fin, tomaba cuantas precauciones discurre un celoso rematado; pues á pesar de todo, esos malditos se burlaron del General, y casi en sus bigotes probó Alvarez la golosina, ayudado por Téllez.

El Ministro se rió con todas sus ganas, y en seguida preguntó:

—¿Y qué hizo López? Debe haber tomado un desquite famoso.

—Hizo dar á Alvarez una paliza que por poco lo mata, y despachó á Pacotillas con cajas destempladas.

—¡Pacotillas! ¿quién es ese?

—Téllez, señor, ese mote le dábamos en el colegio.

—¡Ah, vaya! Pues de veras estuvo chusco el lance. Volviendo al asunto principal, diré á usted que no conviene que sigan publicándose esos boletines malévolos é insolentes, en que se desvirtúa y se hace aparecer como oneroso, horrendo, antipatriótico y que sé yo qué disparates más, á uno de los contratos más sencillos que he celebrado, desde que tengo á mi cargo una Secretaría de

Estado; y lo peor es que se me presenta ante el público como hombre que se enriquece á expensas de la nación, dando á entender que me han sobornado para que haga traición á intereses confiados á mi custodia. ¡Vaya, vaya! y lo más grave del caso es que ese papelucho goza de cierto crédito entre algunos imbéciles, tiene muchos suscritores, que le dan vida propia, y el testarudo de don Marcos jamás ha querido entrar en tratos con nosotros. Con todo, no le veo á este negocio la gravedad que usted le ve; por lo que usted me cuenta, infiero que ese joven es un estudiantillo *destripado*, un calaverón, una persona sin respetabilidad, un perdido, en fin. Tiene talento, escribe con energía; pues tratemos de conquistarlo. Veo claro el asunto: ese muchacho se vió en la calle, muerto de hambre y dijo: Démonos importancia, ataquemos á los que valen, que no tardarán en hacernos proposiciones; pues hacerlas, hijo mío, y demos esto por terminado.

El Chango dejó á su Excelencia espetar su difusa arenga; sabía que el Ministro era amigo de mostrar mucha sagacidad, mucho conocimiento del corazón humano, y mucha confianza en el poder de la corrupción. Robles se había sentado ya, y cuando su superior acabó de hablar, dijo sonriendo:

—Siento con el alma no participar, como siempre, de la muy ilustrada opinión de usted. Hay que hacer justicia á Téllez; á pesar de su genio arisco, de su soberbia, de su quijotismo, su independencia es sincera y no fingida ni interesada, no lleva segunda intención; haga usted de cuenta que es el mismo don Marcos, con talento y con saber se entiende. En fin, señor, es hombre de mérito,

yo lo conozco mucho: no crea usted que se deje corromper, es muy celoso de lo que llama su dignidad, sabe sufrir la miseria con un estoicismo que maravilla, ha pasado temporadas horribles y bastante largas, no sé cómo no se ha muerto de hambre. Así es que, salvo la muy respetable opinión de usted, me parece que es perder el tiempo tratar de sobornarle.

—Usted me maravilla,—dijo el Ministro pensativo;—no creí que hubiera gente así, estoy tan acostumbrado á domesticar independencias salvajes; ¡cuántos jovencitos me han atacado echando fieros, y haciéndose los incorruptibles y los intratables; y apenas les he ofrecido el menor destino lo han admitido, con tal prisa que me arañaron la mano! Ahora salimos con que este joven no es de esa laya, bien está; usted lo dice, y usted no se mama el dedo, y es como yo, escéptico y muy desconfiado en estas materias; doy, pues, por hecho que ese Téllez es como usted le pinta, y contra hechos no hay argumentos. Pero, venga usted acá, amigo mío: ese Téllez ha de tener su lado vulnerable, por fuerza ha de haber algo que le guste, y con lo cual se le pueda seducir: ¿no le gustan las mujeres? ¿el vino? ¿las distinciones?

—El vino sí le gusta, y bien; pero no podemos sacar partido de esa afición, porque en su bebida como en todo es muy raro; supongo que las mujeres también, pues está perdidamente enamorado.

—Pues ya le tenemos cogido, interrumpió el Ministro con aire de triunfo, si está enamorado deseará casarse, y para eso necesitará dinero; posición...

—No, señor, no es ese el caso, hace ya vida marital

con la muchacha de quien está enamorado; ella le quiere entrañablemente, sufriendo por él con gusto trabajos y miserias, y lo ha demostrado muchas veces; es de la misma condición que él, muchos ideales, mucho romanticismo, mucha abnegación, ¡qué sé yo!

—Positivamente usted me desconcierta, ¡ah!—dijo después de cavilar un rato,—ya encontré el medio; esos tipos soñadores que desdeñan lo positivo, suelen prendarse de una sombra. ¿Usted es ó ha sido, por lo menos, muy amigo de él, verdad?

—Sí, señor, lo fui; nos ligaba el cariño de condiscípulos; mas nuestra diferencia de carácter nos fué alejando poco á poco hasta que acabamos por perdernos de vista.

—Bueno; pero á lo menos nunca han tenido ustedes un disgusto formal.

—No, señor.

—Pues entonces escribale usted una carta ó véalo personalmente, halague su amor propio, lisonjéele la vanidad, evoque usted los recuerdos de colegio, tráigale á la memoria los ratos que gozaron juntos; finja usted que nada le importan los ataques que está dirigiendo, hágale usted creer que se interesa por su porvenir, que desea usted abrirle caminos honrosos, contribuir á que brille su inteligencia, y que, deponiendo usted todos sus resentimientos y dando un ejemplo de generosidad, paga sus insultos prometiéndole distinciones, honor y tal vez gloria.

—Señor, con franqueza, no me prometo mucho de ese paso; pero como nada se pierde con darlo, lo daré.

—Bien, delo usted; si resiste y nos sigue hostilizando, como ya hemos agotado todos los medios de conciliación,

y la defensa es permitida, tendremos que recurrir á las medidas de rigor; si él opta por la guerra, peor para él, no seremos los vencidos, la ley está de nuestra parte. Le ofrecemos el pan, si prefiere el palo demostrará que tiene mal gusto. Hablando de otra cosa, amigo mío, ¿hay mucha gente en la antesala?

—Más de veinte personas, señor.

—Pues le ruego á usted que las despida, voy á comer con el Gobernador, y ya es muy tarde; que vayan disponiendo el coche.

El Chango cumplió aquella orden; con la mayor solemnidad del mundo dijo á las gentes que se aburrían en la antesala:

—El señor Ministro da por terminada la audiencia de hoy, ruega á ustedes que lo dispensen, pues un asunto de la mayor urgencia reclama su presencia en Palacio.

Y la aburrída gente de la antesala se retiró, sin imaginarse que el único asunto que su Excelencia despachó esa mañana, fué el plan de campaña que habia de rendir la entereza de un inteligente y honrado muchacho.

CAPÍTULO XI

Horas inquietas

Pesimista ha de haber sido aquel observador anónimo que echó de ver que en esta vida un mal viene generalmente acompañado ó seguido de otros males; de aquí aquella conocidísima exclamación, en que se da al mal la

bienvenida cuando, al visitarnos, prescinde de su habitual cortejo. Valga como compensación el hecho menos predicado, aunque exacto también, que los sucesos faustos suelen acompañarse de otros tan faustos ó casi.

Hásenos antojado hacer esta reflexión, por considerar la bonancible situación que en esta temporada hacía á Pacotillas las más halagüeñas muecas. No sólo había cambiado su situación pecuniaria, sino que también había variado y no poco la situación de su ánimo; había renacido en él ese bienestar moral, esa confianza en sí mismo, esa disposición á verlo todo color de rosa, sin lo cual sobran los mismos tesoros de Creso.

El joven se iba á examinar al día siguiente. Estudió recio y de firme hasta las diez de la noche, tomando ya un texto, ya otro; procurando llenar los *corrales*, y dar las últimas puntadas al complicado traje de conocimientos con que debía presentarse ante el jurado. A la hora dicha cerró el libro y dijo á Amalia:

—Es inútil cansarme más, ya no es posible aprender, ni entiendo lo que leo; si en este momento me examinara no contestaría palabra, todo se me embrolla y confunde; esconde esos libros y quiera mi buena suerte que no tenga ya que volverlos á abrir.

Al día siguiente se levantó muy temprano, y, para dar laxitud á sus tirantes nervios, tomó un baño de vapor, luego fué á disfrutar el fresco de la mañana paseando un rato por la Alameda. A toda costa quería borrar de su ánimo toda idea de estudio; mas estas ideas renacían con tenacidad, por más que el joven procuraba distraerse. A veces se estremecía de horror pensando que le iban á